

Episodio 25

Marianizar la vida espiritual

Queremos considerar dos preguntas que se plantearán a menudo durante este camino de consagración. Una va unida a la otra:

- ¿Cuáles son las obligaciones de esta consagración?
- Si esta devoción es un camino fácil para llegar a la santidad... ¿por qué sigo sin poder abandonar tal pecado? ¿Dónde está ese medio «fácil» para la santidad?

La segunda pregunta se responde con la primera: no nos santifica si no cumplimos las obligaciones, por fáciles que sean. Estas obligaciones son las llamadas «prácticas interiores» indicadas por SLM.

En esta parte seguimos las explicaciones que nos ofrece con tanta claridad el P. Hupperts.

En el primer volumen de esta Serie Inmaculada, tras unas páginas introductorias, explicamos la Consagración mariana en sí misma, su naturaleza, sus propiedades, su nombre, sus consecuencias y sus obligaciones.

A esta consagración, como punto de partida y fundamento práctico de la vida mariana, San Luis María de Montfort vincula las «prácticas interiores» de la perfecta devoción mariana, prácticas que presuponen realmente la «marialización» de todos los aspectos de la vida cristiana, y también la inserción de María en todas nuestras relaciones con Dios, en las que ejerce su mediación.

Estas actitudes marianas del alma, tan ricas y exhaustivas, las cristalizó en una fórmula lapidaria: hacer todo por María, con María, en María y para María.

Sin duda, lo que le llevó a elegir esta fórmula fue la bella y solemne oración final del Canon de la Misa:

«Por Cristo nuestro Señor.

Por quien, oh Dios,

creas y santificas siempre, das vida, bendices y concedes al mundo todo bien.

Por Cristo, con Cristo y en Cristo,

A ti, Dios Padre todopoderoso, en la unidad del Espíritu Santo,
todo honor y gloria,

por los siglos de los siglos. Amén».

Resulta evidente que la Iglesia establece aquí una relación de causalidad entre la primera y la segunda parte de esta oración. Es como si dijera: es porque tú, Señor, creas, santificas, bendices y distribuyes todos los bienes a través de Cristo, que toda honra y gloria deben ser ofrecidas por Él, con Él y en Él.

Montfort retoma este razonamiento en su espiritualidad y lo aplica a la Santísima Virgen. La razón de ello es que, en el orden sobrenatural, todo es producido, vivificado, santificado y dado, después de Cristo, por María; de Ella nos viene en este orden todo sustento, toda vida, toda santidad, toda bendición y todo don; y por eso todo retorno a Dios por nuestra parte, sea como sea, debe realizarse a

través de Ella, con Ella y en Ella, por los siglos de los siglos, durante nuestra vida terrenal y por toda la eternidad.

La fórmula de Montfort tiene cuatro enunciados. A la fórmula litúrgica añadió el «por María», inspirado sin duda en las palabras «todo honor y gloria»; de hecho, vivir por María significa hacer todo «por su interés y por su gloria». Con su fórmula completa, el gran apóstol mariano reconoce prácticamente la causalidad múltiple que ejerce la Santísima Virgen en el mundo sobrenatural. «**Por** María» la reconoce como causa en este orden...

«**Con** María» rinde homenaje a la Virgen María como ejemplo, ideal o modelo de todo el mundo sobrenatural, tanto en el ser como en el actuar. «**Por** María» la exalta como fin y objetivo de nuestra vida sobrenatural después de Dios y Cristo, y por lo tanto le reconoce ocupar legítimamente un lugar también en el orden de finalidad de la vida cristiana. «**En** María» indica la unión estrecha e incesante con Ella, que es necesariamente efecto de la influencia universal que Ella ejerce en todo el orden del ser y del actuar sobrenatural, y que por lo tanto une muy estrechamente las almas a Ella.

Este es el intenso significado de la fórmula un tanto misteriosa empleada por San Luis María de Montfort. (...) Está claro que no hay que dar una importancia exagerada a la fórmula en sí misma, aunque la teología la justifique a veces de manera sorprendente, como ocurre, por ejemplo, con el «por María» en Santo Tomás¹.

Al exponer esta fórmula, seguimos las explicaciones dadas por nuestro Padre en el «Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen», que es su obra definitiva sobre el tema. «El secreto de María», escrito mucho antes, se aleja un poco del «Tratado», no en el sentido que da a las prácticas en sí, sino en la clasificación bajo un punto u otro de la fórmula. Una prueba más de que no hay que atribuir demasiada importancia a la fórmula como tal.

I

El espíritu de la devoción perfecta

En «El secreto de María», San Luis María de Montfort define así la perfecta devoción a la Santísima Virgen: «*Consiste en entregarlo todo, como esclavos, a María y a Jesús por medio de Ella; y luego en hacerlo todo por María, con María, en María y para María. Explico estas palabras*»².

«*Explico estas palabras*». En esta Serie Inmaculada nos esforzamos modestamente por hacer lo que hace nuestro Padre. Hablar de las consecuencias y obligaciones de la consagración era ya entrar en el campo del «espíritu» de la verdadera devoción. A través de la exposición completa y detallada de **las prácticas interiores** de la perfecta devoción a la Virgen María, describiremos ampliamente este «espíritu», o la forma de vida interior y cotidiana de nuestra pertenencia total a la Santísima Madre de Dios. ¡Que esta Madre divina nos conceda la gracia de llevar a cabo adecuadamente esta obra! Porque es de suma importancia para el bien de las almas y, sobre todo, para el propio Reino de Ella; **ya que el reino de María en las almas consiste principalmente en la aplicación de estas prácticas interiores a nuestra vida.**



Muy útil para adquirir progresivamente este espíritu es la renovación frecuente y consciente de nuestra Consagración total, ya hecha verbalmente, ya sea de manera puramente interior, por ejemplo, al despertarse y acostarse, antes y después de las comidas, al comienzo de cada nueva actividad, en las dificultades y tentaciones, al ver o encontrarse con una imagen de la Virgen, o al rezar el Rosario, etc.

¹ *Suma Teológica*, 1ª, 36, 3.

² *Secreto de María*, nº 28.



Pero, como bien señala San Luis María de Montfort, **esto no es suficiente**. Para alcanzar la santidad es indispensable ir más allá: «No basta haberse entregado una vez como esclavos a Jesús por medio de María; tampoco basta hacerlo cada mes, cada semana [y, podemos añadir, cada día y varias veces al día]; sería una devoción demasiado pasajera y no elevaría el alma a la perfección a la que es capaz de elevarla»³.

Debemos ser conscientes de que no es fácil penetrar bien en este espíritu: «No es muy difícil inscribirse en una cofradía, ni siquiera abrazar esta devoción...; la gran dificultad está en entrar en el espíritu de esta devoción, que es hacer que el alma sea **interiormente dependiente** y esclava de la Santísima Virgen y de Jesús por medio de Ella»⁴.

Y lo que no es fácil no suele ser realizado por la mayoría de las almas, o al menos solo de manera imperfecta. La advertencia que sigue es un poco desalentadora: «He conocido a muchas personas que, con admirable ardor, se han entregado a su santa esclavitud externamente; pero rara vez he encontrado a quienes hayan adquirido su espíritu, y menos aún a quienes hayan perseverado en él»⁵.

Nos inclinamos a creer que, si Montfort viviera hoy, suavizaría un poco la severidad de esta afirmación. Hoy en día hay muchas almas que se toman en serio su vida mariana y se aplican generosa y constantemente a vivir en dependencia habitual de la Santísima Virgen.

En cualquier caso, no debemos dejarnos confundir en absoluto por esta constatación de nuestro Padre. **Los santos son raros, incluso muy raros; sin embargo, esto no es motivo para dejar de tender a la perfección**. Si hay pocas almas que dan a nuestra divina Madre todo lo que le corresponde, esto es una razón más para intentar hacerlo nosotros con la gracia de Dios y la ayuda de la Virgen María, aunque solo sea para compensarla por tantas carencias.

Por la gloria de la Santísima Virgen, por amor a nuestro único Jesús, por la glorificación y la alegría de nuestra amadísima Madre, intentaremos aplicarnos a partir de hoy, con serenidad pero con valentía, con perseverancia y tenacidad, a la práctica **interior** de la santa esclavitud del amor.

Debemos **desearlo**, amarlo intensamente y estar dispuestos a «resistir» diez, veinte y cincuenta años si es necesario, hasta la muerte, a pesar de todas las decepciones y contradicciones, tanto internas como externas.

Es cierto que nuestra triste experiencia nos ha hecho profundamente conscientes de nuestra debilidad e inconstancia.

Pero si se lo pedimos al Señor con humildad y confianza, Él mismo «realizará en nosotros el querer y el hacer»⁶.

Cada día pediremos —y esta súplica será escuchada— la práctica humilde, ardiente y constante de la perfecta devoción a la Virgen María. Esta es una gracia exclusiva, en cierto sentido la gracia de las gracias, porque conduce a las demás y las contiene todas como origen y semilla: «**Todos los bienes me han sido dados junto con Ella**»⁷.



Estas prácticas interiores de perfecta ternura hacia la Virgen María, tal y como las propone San Luis María de Montfort, son de una riqueza y profundidad maravillosas. Abarcan todo el campo de trabajo de la santidad. Son como la «marianización» de **todos los aspectos de la vida espiritual**. Constituyen la Mediación universal de María reconocida y aplicada en la práctica, no solo en el orden de la oración y la intercesión, sino en todo el orden de las relaciones de nuestra alma con Jesús, con Dios. **Quizás en ningún otro lugar, salvo bajo la influencia reconocida o inconsciente de**

³ Secreto de María, n.º 44.

⁴ Ib.

⁵ Ib.

⁶ Fil. 2 13.

⁷ Sab. 7 11.



Montfort, se encuentre esta riqueza sobreabundante de elementos prácticos de devoción mariana. Ya se trate de la dependencia y la conformidad de nuestra voluntad con la de Dios, ya sea de la imitación o la unión, ya sea de la confianza y el abandono, ya sea de la orientación de toda nuestra vida hacia Dios, nuestro Fin supremo: **todas estas actitudes del alma, cada una de las cuales considerada individualmente puede conducir a la perfección**, las encontramos conjugadas en estas prácticas interiores.

Y sin embargo, a pesar de su amplitud y admirable profundidad, esta espiritualidad mariana es accesible al simple fiel, quizás más accesible a la gente sencilla que a los demás, porque en definitiva no es más que la vida de amor y el camino de la infancia, vividos en unión con la Virgen María. El amor hace dependiente, busca la semejanza y la unión con el amado, y no vive más que para él o ella: y estas son precisamente las cuatro prácticas interiores de la perfecta devoción a Nuestra Señora.

Un hijo obedece a su madre, confía en ella, la mira sin cesar para imitarla, vive gustosamente a su lado y le lleva todos sus pequeños tesoros: estos son más o menos los deberes hacia María que el Padre de Montfort asigna a los predestinados; y las prácticas internas no son más que la prolongación y el perfeccionamiento de estos deberes hasta los estados místicos más elevados.

Lo que ha incomodado a un cierto número de almas ante estas prácticas interiores es que, a primera vista, parecen un poco incomprensibles y complicadas. Es solo una apariencia. Nos atrevemos a esperar que, tras las explicaciones que vendrán, no quede nada o poco de esta oscuridad y complicación.

PRIMERA PRÁCTICA INTERIOR: POR MEDIO DE MARÍA

1. Todo por medio de María: *actuar según el espíritu de María.*

[258] Hay que realizar las acciones por medio de María. Es decir, hay que obedecer en cada acción y dejarse mover en cada acción por su espíritu, que es el Espíritu Santo de Dios. «Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de [Dios](#)³⁸; los que son guiados por el espíritu de María son hijos de María y, por consiguiente, hijos de Dios, como hemos demostrado. Entre los muchos devotos de María, solo los que se dejan guiar por su espíritu son verdaderos y fieles devotos.

He dicho que el espíritu de María es el Espíritu de Dios. Ella, de hecho, nunca se dejó llevar por su propio espíritu, sino siempre por el Espíritu de Dios, que se adueñó tanto de ella que se convirtió en el espíritu mismo de María. Por eso, san Ambrosio dice: «Que el alma de María esté en cada uno para glorificar al Señor; que el espíritu de María esté en cada uno para exultar en Dios».

«Obediente hasta la muerte» (Hupperts)

Como decíamos, la espiritualidad mariana de San Luis María de Montfort es maravillosamente rica y verdaderamente completa.

Significa, ni más ni menos, la «marianización» de toda la vida cristiana en todas sus formas y bajo todos sus aspectos, para adaptarnos perfectamente al plan divino, que es mariano en todas sus partes y en todos sus detalles. Significa también, en la práctica, reconocer a María como Mediadora en todas las relaciones de nuestra alma con Dios.

Uno de los aspectos más importantes de la vida espiritual es la dependencia absoluta y radical de Dios, la sumisión total e incesante de nuestra voluntad a la voluntad divina. Se nos dice que la perfección consiste en la conformidad de nuestra voluntad con la de Dios. Es la pura verdad, aunque la santidad puede enfocarse y presentarse bajo otros aspectos.

Es fácil comprender que la dependencia absoluta e incesante de Dios es uno de los deberes esenciales de nuestra vida, un deber que está tan en la naturaleza de las cosas que Dios mismo no podría dispensarnos de él.

¡Y qué admirable ejemplo de esta sumisión absoluta encontramos en nuestro amado Maestro!

San Pablo resumió verdaderamente toda la vida de Jesús al escribir que *«se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz»*⁸.

Pero es Jesús mismo quien nos proclama su amor por la voluntad de su Padre. Debemos estar profundamente agradecidos a San Juan por habernos conservado estas preciosas palabras en su Evangelio.

Y, en primer lugar, ante la voluntad de su Padre, Jesús elimina, tanto en el pensamiento como en la práctica, su propia voluntad humana. *«He bajado del cielo», dice, «no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me ha enviado»*⁹. Es el programa de su vida, y a este programa permanecerá inmutable y escrupulosamente fiel. Y cuando su naturaleza humana se asuste y vacile ante los horribles sufrimientos con los que le perseguirán, exclamará:

«Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz»; pero inmediatamente añade con firmeza: *«Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya»*¹⁰.

Jesús vive de esta dependencia: es su alimento y su bebida. *«Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra»*¹¹.

¿Podríamos meditar lo suficiente estas palabras, nosotros que queremos tender a la perfecta sumisión del amor? Es más, Jesús exige esta misma dependencia, esta obediencia absoluta, a sus discípulos, la exige a todos nosotros. Porque *«no todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos»*⁽¹²⁾.

Ciertamente, **amar** a Dios es el primero y el mayor de todos los mandamientos, pero Él mismo indica cómo se debe entender y practicar este mandamiento: a través de la obediencia y la dependencia. *«El que escucha mis mandamientos y los guarda, ese me ama... Si alguno me ama, guardará mi palabra... El que no me ama, no guarda mis palabras»*¹³.



Nunca podremos recordar lo suficiente estas importantes palabras, ni grabarlas en nuestro espíritu y en nuestro corazón de la manera más profunda como sería necesario.

Pero nosotros, hijos y esclavos de Nuestra Señora, no olvidemos un aspecto muy importante, el aspecto mariano, de la dependencia de Jesús.

Esta dependencia misma, y el aspecto mariano de esta dependencia, están encerrados en una frase muy breve que nos descubre y nos revela todo un mundo divino: *«Vivía sometido a ellos»*³. Fuera del relato de la Presentación del Niño Jesús en el Templo, esto es **todo**, absolutamente todo lo que se nos ha transmitido de la vida oculta de Jesús.

Nuestro Padre estaba impresionado por este adorable misterio de la obediencia de Jesús; vuelve a él con frecuencia y se apoya en este modelo divino para exhortarnos a una vida de dependencia de la Santísima Virgen. *«Este buen Señor no consideró indigno de sí mismo encerrarse en el seno de la Santísima Virgen, como un prisionero y un esclavo del amor, y estar sometido y obediente a ella durante treinta años. Aquí es, repito, donde el espíritu humano se pierde cuando reflexiona seriamente sobre este comportamiento de la Sabiduría encarnada... El, Sabiduría infinita, que tenía un deseo inmenso de glorificar a Dios su Padre y de salvar a los hombres, no encontró manera más perfecta y más breve de hacerlo que someterse en todo a la Santísima Virgen, no solo durante los primeros ocho, diez o quince años de su vida, como los demás niños, sino durante treinta años; y dio*

⁸ Fil. 2 8.

⁹ Jn. 6 38.

¹⁰ Mt. 26 39.

¹¹ Jn. 5 30.

¹² Mt. 7 21.

¹³ Jn. 14 22-24.



más gloria a Dios su Padre, durante todo este tiempo de sumisión y dependencia de la Santísima Virgen, que la que le habría dado empleando esos treinta años en hacer prodigios, en predicar por toda la tierra, en convertir a todos los hombres; de lo contrario, lo habría hecho».

Y Montfort saca de estas consideraciones las siguientes conclusiones, que se imponen con claridad:

«¡Oh! ¡Oh! ¡Cuánto se glorifica a Dios sometiéndonos a María siguiendo el ejemplo de Jesús! Teniendo ante nuestros ojos un ejemplo tan visible y tan conocido en todo el mundo, ¿somos tan necios como para creer que podemos encontrar un medio más perfecto y más fácil para glorificar a Dios que el de someternos a María, siguiendo el ejemplo de su Hijo?»¹⁴.

Esta dependencia es la que nos pide el gran apóstol de la Virgen en la primera práctica interior, de la que hablaremos: «Hay que hacer cada acción por María, es decir, que las acciones obedezcan en todo a la Santísima Virgen y que estén reguladas en todo por su espíritu»¹⁵.

Y el tercer deber de los elegidos por la Santísima Virgen se describe en los siguientes términos:

«Son sumisos y obedientes a la Santísima Virgen, en calidad de su buena Madre, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, que, de los treinta y tres años que vivió en la tierra, empleó treinta en glorificar a Dios su Padre mediante una sumisión perfecta y total a su santa Madre»¹⁶.

De este modo, según la exhortación de San Pablo, adoptaremos los sentimientos y disposiciones de Cristo Jesús¹⁷. Él se hizo obediente a su Padre; pero, en lo que respecta a sus actos externos y humanos, durante la mayor parte de su vida manifestó esta obediencia al Padre en la persona de su Santísima Madre. Y puesto que también nosotros, aunque de manera diferente, hemos aceptado libremente la condición de esclavos del amor, queremos humillarnos y hacernos obedientes a Dios y a María hasta el máximo posible y hasta la muerte; a Dios, sí, pero en y por María.



Porque **la amamos**, y la dependencia está tan en la línea del amor! A aquellos a quienes realmente amamos, en la misma medida en que los amamos, no sabríamos negarles nada. El amor crea el derecho a la dependencia donde no existe por otras razones. Por eso, en sí mismo, nuestro amor verdadero, profundo, tierno y respetuoso por nuestra divina Madre hace de la dependencia total un deber para nosotros. Y, por otra parte, así es como Jesús entendió el amor y nos lo impuso: «El que acoge mis mandamientos y los observa, ese me ama... Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando»⁽¹⁸⁾.

Por lo tanto, esta actitud de total dependencia y absoluta obediencia a nuestra amada Madre y Soberana está perfectamente justificada, y es en cierto modo obligatoria para nosotros, hijos y esclavos de la Virgen María.



Hemos conocido a personas que han encontrado en **esta** práctica una orientación precisa para su vida y un medio decisivo de santificación; personas que, sin cesar, por así decirlo, dirigían a Nuestra Señora esta pregunta: **Madre, ¿qué quieres que haga?**

Hagámosle también nosotros esta pregunta a menudo; escuchemos con sencillez y lealtad su respuesta y, sobre todo, intentemos ponerla en práctica con fidelidad y valentía. Esta práctica producirá cambios increíbles en nuestra vida.

¹⁴ Lc. 2 51.

¹⁵ Verdadera Devoción, n° 139. Ver también el n° 18. — Estos textos no solo deben leerse, sino también meditarse.

¹⁶ Verdadera Devoción, n.º 258.

¹⁷ Verdadera Devoción, n.º 198.

¹⁸ Jn 14, 21; 15, 14.



Sin embargo, dado que hay que evitar cuidadosamente cualquier malentendido sobre este punto, debemos estudiar en varios capítulos las diferentes formas en que la Santísima Virgen nos dará su respuesta.

Así es como SLM propone poner en práctica esta actitud de dependencia y obediencia:

[259] Para que el alma se deje guiar verdaderamente por este espíritu de María, debe hacer lo siguiente.

1) Antes de la acción —por ejemplo, antes de la meditación, de la celebración o de la escucha de la Santa Misa, antes de la comunión...— hay que renunciar al espíritu propio, a la propia manera de ver y de querer. De hecho, las tinieblas de nuestro espíritu y la malicia de nuestro querer y obrar, por muy buenos que nos parezcan, si se les sigue, suponen un obstáculo para el santo espíritu de María.

2) Hay que entregarse al espíritu de María, para ser movidos y guiados según su voluntad. Hay que ponerse dócilmente en sus manos virginales, como un instrumento en las manos del obrero, como un laúd en las manos de un hábil intérprete. Hay que perderse y abandonarse en ella, como una piedra que se arroja al mar. Esto se hace simplemente y en un instante con una sola mirada del espíritu y un ligero movimiento de la voluntad, o incluso con una breve frase, por ejemplo: «Renuncio a mí mismo y me entrego a ti, mi querida Madre». Aunque no se sienta ninguna dulzura sensible en ese acto de unión, sigue siendo verdadero, al igual que sigue siendo verdadero que pertenecería al demonio alguien que dijera —¡Dios no lo quiera!— «me entrego al demonio» con la misma sinceridad, aunque no sintiera ningún cambio sensible.

3) De vez en cuando, durante y después de las acciones, hay que renovar el mismo acto de ofrenda y unión. Cuanto más frecuentemente se haga esto, más pronto se alcanzará la santidad y la unión con Cristo. Esta unión sigue necesariamente a la unión con María, porque el espíritu de María es el espíritu de Jesús.

2. Todo con María: *actuar imitando a María.*

[260] Hay que realizar las propias acciones con María. Es decir, hay que actuar mirando a María como el modelo perfecto de toda virtud y [santidad41](#), modelada por el Espíritu [Santo42](#) en una simple criatura, para que la imitemos según nuestras pobres [capacidades43](#). Por lo tanto, en cada acción debemos preguntarnos cómo la habría realizado o la realizaría María si estuviera en nuestro lugar. Para ello, debemos estudiar y meditar todas las grandes virtudes que ella ejerció a lo largo de su vida. En particular:

1. La fe viva con la que creyó sin dudar en la palabra del ángel. Y creyó fiel y constantemente hasta los pies de la cruz en el Calvario.

lugar.

3. La pureza totalmente divina, que no tuvo ni tendrá jamás igual en la tierra.

Lo repito una vez más. Recuerden que María es el gran y único molde de Dios, capaz de modelar imágenes vivientes de Dios, con poco esfuerzo y en poco tiempo. Quien encuentra este molde y se lanza a él, pronto se transforma en Jesucristo, a quien este molde representa de forma natural.

3. Todo en María: *actuar íntimamente unidos a María.*

[261] Hay que realizar nuestras acciones en María.

¡Qué riquezas y qué gloria! ¡Qué placer y qué felicidad poder entrar y permanecer en María, donde el Altísimo ha puesto el trono de su gloria suprema!

[263] Por desgracia, qué difícil es para pecadores como nosotros tener el permiso, la capacidad y la luz para entrar en un lugar tan elevado y santo, custodiado no por un querubín, como el antiguo paraíso terrenal, sino por el mismo Espíritu Santo, que se ha convertido en su dueño absoluto. De María dice: «Jardín cerrado eres, hermana mía, esposa, jardín cerrado, fuente [sellada45](#). ¡María es un jardín cerrado! ¡María es una fuente sellada! Los miserables hijos de Adán y Eva, expulsados del paraíso terrenal, solo pueden entrar en este otro por una gracia especial del Espíritu Santo que deben merecer.

Hupperts:

Después de todo este alboroto y este estruendo de combate, ocupémonos ahora, en beneficiosa variedad, de consideraciones más tranquilas y también más atractivas para muchas almas, consideraciones que están inmediata y directamente relacionadas **con el amor** de nuestra Madre, y tienen por objeto una de las manifestaciones más puras de este amor, es decir, la **vida de unión con Ella**, que es lo que Montfort llama, en las prácticas internas, **trabajar y vivir «en María»**.

A los cristianos, especialmente a aquellos que desean dedicarse a una vida espiritual más perfecta, se les recomienda a menudo recordar la presencia de Dios y vivir en ella: «*Camina en mi presencia y sé perfecto*», recomendaba el Señor a Abraham¹⁹. Como si Dios quisiera decir: «Si permaneces en mi presencia, serás perfecto». Y sabemos que la vida espiritual, en su estado más elevado, pero sin excluir a los demás, es ante todo una vida de **unión** muy profunda e íntima con Dios.

Nuestro Padre de Montfort, como recordábamos, «marianizó» todos los aspectos de la vida cristiana. Y como no podía ser de otra manera, prestó toda su atención a este punto de vista de la vida de unión como tal. Por eso nos enseña a vivir en compañía y en presencia de nuestra amada Madre, en unión con ella, una unión que, como nos asegura, conduce a una estrecha unión con Cristo y con Dios. Porque cuando se leen atentamente los textos de San Luis María sobre este tema, no cabe duda de que lo que nos pide aquí es rezar, trabajar, sufrir y vivir en unión espiritual con la Santísima Virgen. Y como esta unión no es ni exterior ni superficial, hablaremos de una vida «en» María, y no solo junto a Ella.

No nos hacemos ilusiones sobre la dificultad del tema que trataremos, el más difícil del que hemos hablado hasta ahora. La Autoridad suprema de la Iglesia, en la persona de Benedicto XV, recomendaba a los Montfortianos «**explicar con cuidado a los fieles**» el importantísimo libro de la «Verdadera Devoción», que nos dejó nuestro santo Fundador. La dificultad de los textos que debemos comentar no es motivo para abstenernos. Al contrario. Es solo una razón más, tanto para ti que lees estas páginas como para mí que las escribo, para dirigirnos con mayor intensidad a Nuestra Señora de la Sabiduría, para que nos asista con sus gracias e inspiraciones.

Recordemos, por otra parte, que si la ciencia filosófica y teológica puede ser útil para comprender las cosas de Dios, el espíritu de oración y recogimiento, y sobre todo la sencillez y el espíritu de los niños, lo son aún más: «*Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así lo has querido*»²⁰.

Notemos aún una vez más: **no es indispensable comprender para actuar. ¿Cuántas almas vivirían de la presencia de la Santísima Trinidad en sí mismas, si para vivir de ella tuvieran que esperar a penetrar este misterio?** Conclusión: es indiscutiblemente útil buscar la explicación doctrinal de la fascinante práctica mariana de la que hablaremos. Pero para vivirla fructíferamente, la comprensión teológica no es indispensable. La práctica en sí, como veremos, es sencilla y, en cierto sentido, está al alcance de todas las almas de buena voluntad.

Para concluir este capítulo, ofrecemos los valiosos textos que comentaremos en los siguientes artículos. Revisemos con respeto, humildad y espíritu de oración.

Al ilustrar la conducta recíproca de Rebeca y Jacob, que prefigura las relaciones de la Santísima Virgen con sus hijos, Montfort escribe: «*Son sedentarios y viven en casa con su madre: es decir, aman la vida retirada, viven de la vida interior, se dedican a la oración, pero siguiendo el ejemplo y en compañía de su Madre, la Santísima Virgen, cuya gloria es interior y que durante toda su vida amó mucho*

¹⁹ Génesis 17, 1.

²⁰ Mt. 11 25-26.

la vida retirada y la oración... Por muy grandes que sean los logros aparentes en la vida exterior, ellos valoran mucho más los que realizan en su interior, en su intimidad, en compañía de la Santísima Virgen»²¹.

Al tratar, en el mismo libro, la tercera práctica interior de la vida mariana, San Luis María parece referirse casi exclusivamente a la unión mística, por tanto percibida y experimentada, con la Santísima Virgen, de la que hablaremos más adelante. No da ninguna explicación. Después de describir, en una magnífica página, las bellezas del verdadero Paraíso terrenal y las riquezas del Tabernáculo de Dios, María exclama con entusiasmo:

«¡Oh, qué riquezas! ¡Oh, qué gloria! ¡Qué placer! ¡Qué felicidad poder entrar y permanecer en María, en quien el Altísimo ha puesto el trono de su suprema gloria!». Y poco más adelante: «Después de haber obtenido esta gracia insigne por medio de la fidelidad, hay que permanecer en la hermosa interioridad de María con complacencia, descansar en ella con confianza, esconderse en ella con seguridad y perderse en ella sin reservas»²².

En «El secreto de María», Montfort parece mantenerse más en la vía ascética ordinaria y escribe con un lenguaje más accesible para un gran número de almas: «Hay que hacer todo en María; es decir, hay que acostumbrarse, poco a poco, a recogerse en uno mismo, para formar una pequeña idea o imagen espiritual de María. Ella será para el alma el Oratorio donde poder hacer todas sus oraciones a Dios..., la Torre de David donde ponerse a salvo de todos sus enemigos; la Lámpara encendida para iluminar todo su interior e inflamarlo de amor divino; el sagrado Tabernáculo para ver a Dios con Ella; María, finalmente, será para esta alma su único Todo junto a Dios y su refugio universal. Si reza, rezará en María; si recibe a Jesús en la Santa Comunión, lo depositará en María para que se complazca en ella; si obra, también obrará en María, y en todas partes y en todo hará actos de renuncia de sí misma»²³.

Entre actuar y comprender hay una reacción recíproca: al actuar podremos comprender mejor, y al comprender mejor actuaremos con más ardor y fidelidad.

II

Presencia espiritual

Antes de llegar a la exposición de este aspecto tan atractivo de la vida mariana, es de suma importancia preguntarnos si y en qué sentido esta presencia de María junto a nosotros y en nosotros es una realidad, o si no es más bien una piadosa imaginación, mantenida para alimentar nuestra piedad. Intentaremos responder a esta pregunta. Esta respuesta debe proporcionarnos el fundamento doctrinal de la práctica de la vida en presencia de Nuestra Señora.

Lo que debe excluirse aquí

Aquí debemos tener mucho cuidado con cualquier exageración y con cualquier afirmación errónea o infundada. La vida mariana no necesita mentiras ni exageraciones. Solo la verdad puede sernos útil y santificarnos²⁴.

Para ello, debemos determinar claramente, en primer lugar, de qué no se trata aquí.

Solo Dios está realmente **en todas partes** debido a su Esencia, su Poder de acción y su Presencia o mirada. Dios llena el universo con su Ser, que es infinito. Está en todas partes por su Poder, porque ninguna criatura puede realizar un acto, sea cual sea su naturaleza, ni la existencia de

²¹

²² La verdadera devoción, nn. 262 y 264.

²³ El secreto de María, n.º 47.

²⁴ Estaremos aún más en guardia contra la tendencia a minimizar la misión de la Santísima Virgen y, por lo tanto, a minimizar también la importancia de la vida mariana; tendencia que se manifiesta claramente en ciertos medios supuestamente científicos y eruditos.

ningún ser puede comenzar o continuar sin la influencia positiva y actual de la Divinidad. Y también está en todas partes porque todas las cosas, tanto las más poderosas y formidables como las más humildes y mínimas, están al descubierto ante su mirada que, en el fondo, no es diferente de su Ser, como tampoco lo es su Poder.

La Santísima Virgen, por el contrario, es una criatura. Por lo tanto, Ella es limitada y finita en su ser, en sus potencias y en sus actos. En cuerpo y alma solo puede estar en un lugar a la vez, normalmente en el cielo o en cualquier lugar donde desee presentarse con su luminosa corte de ángeles y bienaventurados.

Para Jesús como hombre existe, aparte de lo que diremos más adelante, una presencia sustancial muy especial, la **presencia eucarística**. Jesús, como hombre, está donde hay hostias consagradas y vino consagrado, porque toda la sustancia del pan consagrado se convierte en la sustancia inalterada del Cuerpo de Jesús, y toda la sustancia del vino consagrado se convierte en la sustancia inalterada de la Sangre de Cristo, de modo que su Carne y su Sangre consagradas se encuentran, con respecto a las especies del pan y del vino, en la misma relación que el contenido tiene con respecto al recipiente. Por lo tanto, su Cuerpo y su Sangre están real y sustancialmente presentes bajo las apariencias o, como se dice en filosofía, «los accidentes» del pan y del vino. Parece evidente que con la Santísima Virgen no ocurre nada parecido y que la presencia eucarística es absoluta y exclusivamente propia de Cristo, su divino Hijo.

¿Cómo concebir la presencia mariana?

¿Cómo podemos entonces concebir la presencia de la Santísima Virgen cerca de nosotros, y en cierto sentido en nosotros, si es que aún se puede hablar de una presencia verdadera aquí?

Aquí debemos reflexionar con calma. Por lo general, solo pensamos en la presencia entre los seres humanos, entre los seres humanos tal y como viven actualmente juntos en la tierra. **Debemos darnos cuenta de que, además de esto, existe una verdadera presencia espiritual, más real y más fuerte que la presencia material, la presencia humana ordinaria. Todo esto nos resultará más claro y evidente si le dedicamos un poco de reflexión.**

En la situación actual en la que vivimos en la Tierra, decimos que alguien está cerca de nosotros, en nuestra presencia, cuando se encuentra con nosotros en la misma porción, más o menos amplia, de espacio, en el mismo plano, en el mismo coche, en el mismo autobús, en el mismo lugar. **Notamos inmediatamente que esta presencia material no tiene valor para nosotros, y no es realmente real, si la persona en cuestión no cae bajo la percepción de nuestros sentidos.** Supongamos que me encuentro con un amigo en la misma prisión, en dos celdas contiguas, y que vivo a pocos metros de él, pero que, debido a un grueso muro que nos separa, no hay ningún contacto entre él y yo y no podemos vernos, ni hablarnos, ni escucharnos... En este caso, no diremos que estamos uno al lado del otro, que vivimos en presencia del otro.

Por el contrario, decimos que alguien está cerca de nosotros o está presente cuando está bajo la percepción de nuestros sentidos, cuando podemos tocarlo, escucharlo o verlo. Acompaño a un amigo o familiar a la estación. Mientras pueda cogerle la mano o escuchar su voz, está cerca de mí. Incluso cuando el tren está en marcha, mientras pueda verlo y saludarlo con la mano, la separación no es completa. Pero cuando su último saludo se haya vuelto invisible, cuando el tren haya hecho desaparecer su silueta de mi vista, ese familiar o ese amigo se habrá ido: ya no está **presente**, sino **ausente**.

Y hay que señalar que esta presencia corporal es tanto más valiosa y real cuanto más nítida e inmediata es la percepción por los sentidos. No nos produce el mismo efecto ver a nuestros seres queridos a un kilómetro de distancia o escuchar su voz desde lejos, que tenerlos delante

de nuestros ojos y disfrutar inmediatamente de su conversación.

Sigamos reflexionando. Hay presencia real cuando alguien está bajo la percepción de nuestros sentidos, que son **órganos materiales de conocimiento**, los medios corporales para conocer y percibir las cosas. Por lo tanto, salta a la vista que podríamos hablar de presencia espiritual entre dos seres, cuando estos dos seres están bajo el alcance recíproco de sus **facultades de conocimiento espiritual**, cuando estos dos seres pueden «verse» espiritualmente, percibirse, cuando pueden contemplar y seguir recíprocamente su actividad, incluso interior, lo que sería, evidentemente, algo mucho más valioso que verse, escucharse o tocarse con los sentidos, los ojos, los oídos o las manos.

Y si seguimos con nuestras reflexiones, nos quedará claro que este tipo de presencia espiritual verdadera debe existir. De lo contrario, ¿cómo podrían los ángeles estar cerca unos de otros y disfrutar de su presencia mutua? No pueden estar cerca unos de otros por el contacto con las mismas dimensiones del espacio, ya que, al no tener cuerpo, no pueden encontrarse en este o aquel lugar como nosotros. No pueden verse, escucharse ni tocarse, ya que, pasivamente, no tienen un cuerpo que pueda ser visto, escuchado o sentido, y no tienen activamente el sentido visual, auditivo o táctil para realizar estas percepciones: no tienen ojos para ver, ni oídos para escuchar, ni manos para palpar.

¿Y cómo pueden las almas de los difuntos, hasta que se reúnan con sus cuerpos, estar presentes unas para otras, ya que carecen de toda presencia material o corporal, de toda percepción y contacto por medio de los sentidos? Por lo tanto, debe haber una presencia puramente espiritual que supere la presencia material tanto como el espíritu se eleva por encima del cuerpo.

Esta presencia espiritual consistirá en que dos seres, de manera espiritual, se conozcan, se vean, contemplen mutuamente sus actos, incluso los interiores, se manifiesten y se revelen mutuamente sus acciones y su vida íntima. Consistirá también en el hecho de que estos seres actúen unos sobre otros y se influyan mutuamente. Esta presencia espiritual no puede darse perfectamente entre los seres humanos que viven en este mundo, porque en esta vida todo conocimiento y toda percepción, como en general toda influencia, está subordinada en cierta medida a funciones sensibles y corporales, y no existe para nosotros una percepción espiritual directa de las realidades suprasensibles. En esta vida, toda visión y conocimiento, y toda comunicación con los demás, solo puede realizarse con la ayuda de los sentidos externos o internos, y por lo tanto no puede ejercerse a cierta distancia. Después de nuestra muerte, incluso después de la resurrección de nuestros cuerpos, este tipo de presencia y unión espiritual con los ángeles y con los demás bienaventurados será posible y real. Pero con la santa Humanidad de Jesús y también con nuestra divina Madre, esta unión espiritual real puede ser vivida y realizada, en cierta medida, ya desde esta tierra. Jesús nos invita a buscar y practicar esta unión con Él: «Permaneced en mí, y yo en vosotros»²⁵.

En el próximo capítulo trataremos de explicar cómo y en qué medida se pueden realizar en este mundo esta presencia y unión recíprocas con la Santísima Virgen.

III

La Santísima Virgen nos ve y nos sigue

En la Santísima Virgen se realizan estas dos modalidades con respecto a nosotros.

1º En primer lugar, Ella está cerca de nosotros y, en cierto sentido, dentro de nosotros, porque nos ve y nos considera de manera muy clara y continua en Dios.

No podemos dudarlo: **la Santísima Virgen nos ve realmente, no con los ojos del cuerpo, sino con la mirada del alma. Ve todo lo que sucede en nosotros y a nuestro alrededor.**

²⁵ Jn. 15,4

No se le escapa ningún gesto, ninguna palabra, ninguna mirada, ningún pensamiento, ninguna emoción, ningún acto de nuestra voluntad. Por lo tanto, ve no solo lo que es perceptible por los sentidos o lo que se puede deducir de esta percepción, sino también lo que está directamente al alcance de su alma, humanamente hablando, y esto sin duda ya es mucho.

2º Pero nuestra divina Madre ve todo lo que ocurre en nosotros y a nuestro alrededor, porque contempla a la Divinidad cara a cara, y en la Naturaleza divina conoce todo lo que puede interesarle; pues no debemos olvidar que la Divinidad no es solo el Ser infinito, sino también la Idea viva, la Imagen sustancial, el Pensamiento infinitamente perfecto, en el que Dios y aquellos a quienes Él llama a su gloria conocen a todos los demás seres mucho más clara y perfectamente que si los consideraran en sí mismos. Por eso María ve clara y continuamente en el Ser divino todo lo que desea conocer, todo lo que le interesa, sobre todo todo lo que debe saber como Madre de Dios, como Socia universal de Cristo, como Reina del Reino de Dios, y más aún todo lo que Ella debe conocer para cumplir su sublime misión de Corredentora y Madre de los hombres, de Mediadora universal de la gracia y Santificadora de las almas, de Adversaria personal de Satanás y General de los ejércitos de Dios, que incesantemente debe conducir a la batalla y a la victoria.

A veces se ha pensado que era posible, y necesario, dudar de esta omnisciencia de la Santa Virgen con respecto a todo lo que nos concierne. «Creía que solo Dios conocía los pensamientos y sentimientos secretos de los hombres», hemos oído decir más de una vez. **Sí, es cierto, solo Dios por sí mismo, pero fuera de él también todos aquellos a quienes quiere conceder esta visión y este conocimiento, es decir, aquellos a quienes es necesario o conveniente penetrar en la vida íntima de los hombres, entre los que sin duda contamos a la santa Humanidad de Jesús y a su divina Madre.**

Los bienaventurados del cielo ven en Dios todo lo que les inspira un interés particular. No ven cada hoja que tiembla, cada flor que se abre, cada animal que se mueve sobre la tierra, porque todo eso no les puede dar una alegría especial, ni ser útil para la misión que les queda por cumplir. Pero los santos ven en Dios todo lo que es necesario o útil saber para ayudar a quienes les rezan. Nuestros difuntos queridos, si ya han entrado en la gloria, ven en la Naturaleza divina todo lo que nos sucede, porque nuestro destino, nuestra conducta y nuestra felicidad son de gran interés para ellos. Y según este principio de la Teología, es evidente que la santísima Madre de Jesús ve todo lo que sucede en nosotros, y también lo que sucede a nuestro alrededor, en lo que nos concierne.

Ella es nuestra madre. Una madre con una maternidad mil veces más real y preciosa que la maternidad ordinaria. Y por eso quiere saberlo todo de sus hijos y todo lo que les sucede: tristezas y alegrías, luchas y tentaciones, fracasos y progresos, prosperidades y tribulaciones. Además, ella debe saber todo esto. Como nuestra Madre espiritual, debe cuidar nuestra vida sobrenatural, defenderla, mantenerla, desarrollarla y llevarla a su plenitud. Ahora bien, no podría cumplir esta misión si no supiera todo lo que concierne a esta vida, todo lo que, de una u otra manera, puede influir en ella; es decir, prácticamente todo lo que nos sucede.

Ella es nuestra **Abogada**, nuestra **Mediadora** y la **Distribuidora** de todas las gracias. Es obvio que para cumplir con esta tarea que Dios le ha confiado, es necesario que ella conozca todas nuestras necesidades en todo momento, nuestras disposiciones, nuestras dificultades y tentaciones, nuestros pensamientos y sentimientos, en una palabra, todo lo que hay en nosotros y nos pertenece, para que pueda darnos a su debido tiempo las gracias y las ayudas que necesitamos.

Y es **Reina**, Reina de los hombres, Reina sobre todo de lo que es interior, espiritual y sobrenatural en el hombre, Reina de las almas, Reina de los corazones. Y no hay duda de que es sumamente conveniente para una reina, sobre todo para **esta** reina, saber todo lo que sucede en su reino.

Así, la Virgen me ve claramente y sin cesar, a mí y todo lo que pienso y hago. Y precisamente

por eso está espiritual y realmente a mi lado, y en cierto sentido dentro de mí, ya que su mirada penetra en lo más profundo de mi ser, en mi inteligencia, en mi voluntad y en la esencia misma de mi alma. Y cuando pienso en Ella, cuando la miro y fijo los ojos de mi alma en Ella, el círculo se cierra, se establece el contacto, y entonces estoy cerca de Ella y Ella está cerca de mí. Y si pienso habitualmente en Ella, y la miro habitualmente, y vivo habitualmente con Ella, estoy habitualmente en la

Su presencia, vivo habitualmente unido a Ella¹. Se puede decir entonces que Ella está siempre a mi lado y yo a su lado.



Pero aquí no hay que hacerse ilusiones.

Por nuestra parte, esta presencia, esta «convivencia», deja necesariamente mucho que desear: ¡seguimos «en camino», en la tierra, y no en el cielo!

1º No vemos directa e inmediatamente a la Santísima Virgen, como Ella nos contempla. La vemos o pensamos en Ella en la imagen especular de la fe. Una imagen, en un espejo, no siempre es muy fiel. Pero aunque lo fuera, siempre es indirecta y, por lo tanto, imperfecta.

2º En segundo lugar, no puedo pensar en ella y mirarla continuamente y sin descanso, mientras que ella está unida a mí sin interrupción. Esto es imposible incluso para los santos más grandes, salvo en caso de una intervención especial de Dios.

3º En tercer lugar, mi visión de la Madre de Jesús, por desgracia, siempre será superficial, un poco vaga, sin suficiente claridad y profundidad. Ella me penetra profundamente, mientras que yo solo la veo de forma defectuosa. No puedo penetrar en las profundidades de luz, amor y vida que el Señor ha excavado en Ella, su obra maestra. ¡Cómo todo esto debe hacernos suspirar por el cielo, donde podremos leer sin fin en el alma santa, radiante y totalmente divinizada de nuestra Madre, y permanecer así fijos en un éxtasis de amor!

Pero a pesar de todas las imperfecciones que acabamos de señalar, no es menos cierto que siguen dándose todas las condiciones indispensables para poder hablar de una verdadera presencia espiritual de la Santa Virgen cerca de nosotros y en nosotros, y de una unión irrefutable. Nos corresponde a nosotros reforzar e intensificar constantemente esta unión con una mirada frecuente del alma y con una íntima relación de amor.

[264] Después de haber obtenido con la propia fidelidad esta gracia excepcional, hay que habitar en el hermoso interior de María con complacencia, descansar en él en paz, apoyarse con confianza, esconderse con seguridad y perderse sin reservas. Así, en este seno virginal, el alma:

- 1) será alimentada con la leche de su gracia y de su misericordia maternal;
- 2) encontrará liberación de las inquietudes, los temores y los escrúpulos;
- 3) permanecerá a salvo de todo enemigo: del demonio, del mundo y del pecado, a los que nunca se les ha permitido entrar. Por eso ella dice: «Quien hace mis obras no pecará».

Esto significa que quien permanece espiritualmente en la Santa Virgen no cometerá pecado grave.

- 4) será formada en Jesucristo y Jesucristo será formado en ella, porque el seno de María —advierten los Padres— es la sala de los misterios divinos, en la que fueron formados Cristo y todos los elegidos: «Uno y otro nacieron en ella».

4. Todo por María: *actuar al servicio de María.*

[265] Por último, hay que realizar todas las acciones por María.

De hecho, quien se ha dedicado completamente a su servicio, es justo que lo haga todo por ella como lo haría un criado, un siervo y un esclavo.

Esto no significa que María sea considerada como el fin último de nuestro servicio. Este fin último es solo Jesucristo. En cambio, se toma a María como fin próximo, ambiente misterioso y medio fácil para encontrarlo.

Como buen siervo y esclavo, no hay que permanecer ocioso. Por el contrario, con su protección, hay que emprender y realizar grandes cosas por esta augusta soberana. Hay que defender sus privilegios cuando son cuestionados, defender su gloria cuando es denigrada, atraer a todos, en la medida de lo posible.

- a su servicio y a esta verdadera y sólida devoción. **Hay que hablar y clamar contra aquellos que abusan de su devoción para ultrajar a su Hijo y, al mismo tiempo, hay que establecer esta verdadera devoción.** Como recompensa por estos pequeños servicios, no hay que pretender otra cosa que el honor de pertenecer a una princesa tan amable y la felicidad de estar unidos por ella a Jesús, su Hijo, con un vínculo indisoluble en el tiempo y en la eternidad.

¡Gloria a Jesús en María! ¡Gloria a María en Jesús! ¡Gloria solo a Dios!

En el capítulo anterior hemos visto que San Luis María de Montfort también introduce a la Virgen María entre los fines de nuestra vida, y nos pide que hagamos todo por Ella como fin más inmediato y por la gloria de Dios como fin supremo. Nada nos impide perseguir simultáneamente este doble fin. Vivir para la glorificación de la Santísima Virgen y para sus intenciones nos hará obtener de manera perfecta la mayor gloria de Dios.

¹ Recordemos que el famoso y santo abad Jean-Baptiste Chautard practicaba fielmente este encuentro de la mirada (espiritual) con la Virgen María.

A algunas personas este aspecto de la vida mariana les puede parecer inusual e injustificado. Por eso responderemos a la siguiente pregunta: ¿Por qué motivos puedo o debo, en cierta medida, tomar a María como fin subordinado de mi vida y realizar todas mis acciones por ella?

Nuestro amor por ella

En primer lugar, vivir, trabajar, rezar, sufrir, luchar y morir por la Virgen María es algo totalmente normal cuando se la ama con un gran amor; y todos nosotros queremos tender hacia el amor más puro y elevado hacia la Santísima Virgen María.

Pero el amor, además de la unión con el ser amado, ¿no siente la necesidad imperiosa, como un sueño acariciado sin cesar, de hacer todo por aquel o aquella que es objeto de este afecto? Ciertamente, para el amor humano ordinario, este sueño es en gran parte irrealizable y quimérico. ¿Qué ventaja puede encontrar un hombre, en el plano natural, en el hecho de que otra persona oriente hacia él toda su actividad externa e interna, salvo que este trabajo satisfaga las necesidades de sus seres queridos? Pero es evidente que, a pesar de ello, la necesidad de vivir para el amado es uno de los instintos más profundos y, al mismo tiempo, más elevados del amor. Y lo que en parte es solo un sueño irrealizable para el amor humano, se convierte en una realidad pura y preciosa en nuestro amor por Dios y por la Santísima Virgen. Es ya en sí mismo una glorificación para Ella que, en todas mis acciones, la tenga ante mis ojos como fin subordinado de mi vida. A esto hay que añadir que cada acción realizada en estado de gracia, o incluso solo bajo el impulso de la gracia actual, aumenta realmente la gloria de la Virgen y enriquece la alegría accidental de su alma. Porque esta acción se realiza bajo la influencia de la gracia, que después de Dios y Jesús siempre viene de María. Cada buena acción es una alegría para la Madre de Jesús y la Madre de las almas; cada acto virtuoso es un fruto de su Corredentora, un efecto de su Mediación de gracia; significa una victoria, por pequeña que sea, de la Adversaria personal de Satanás, y forma parte, en definitiva, de su triunfo final y total contra el gran Enemigo de Dios y de las almas. Por lo tanto, no es en absoluto irrazonable «*el beneficio de la gloria*» de María, como aconseja Montfort: porque este fin se alcanza y se realiza realmente.

Los derechos de la Santísima Virgen

Además, nos parece indiscutible que la Santísima Virgen tiene algunos derechos que hacer valer aquí, y que por más de una razón es muy conveniente realizar nuestras acciones para su honor y gloria.

Se termina como se empieza. Lo que construimos y producimos es nuestro y para nosotros. Un obrero puede disponer a su antojo, por derecho natural, del fruto de su trabajo. Dios es el fin último y supremo de cada ser y de cada operación, porque es también su primer Principio y su Causa suprema. Ahora bien, la Santísima Virgen es principio y causa, ciertamente subordinada pero real, de todo lo que hacemos en estado de gracia, y también de todo lo que realizamos bajo la inspiración y con la ayuda de la gracia, porque Ella es la Mediadora y Distribuidora de todas las gracias. Por lo tanto, es justo que todas nuestras acciones sobrenaturales —y es sobrenatural todo lo que hacemos en estado de gracia, y también, en cierto sentido, todo lo que hacemos al menos bajo el impulso de la gracia actual— estén destinadas y realizadas para su glorificación.

En un famoso texto, San Pablo establece el siguiente orden de pertenencia y, por lo tanto, de finalidad: *«Todo es vuestro; y vosotros sois de Cristo; y Cristo es de Dios»*¹. Sin duda, podemos insertar aquí el nombre de la Santísima Virgen, que como nueva Eva es inseparable de su Hijo y Esposo divino, y completar así esta gran sentencia: *«Todo es vuestro y para vosotros; y vosotros sois de Cristo y de María, y también para ellos; y Cristo y María son de Dios y para Dios»*. Con muchos teólogos y santos podemos creer que todo el universo y todos los seres espirituales y materiales, dotados o no de razón, han sido creados y mantenidos con vida para la gloria de Cristo, pero también para la gloria de María; que, por lo tanto, la Santísima Virgen es, después de Cristo, el fin de toda la creación, incluidos los hombres y los ángeles. Conviene que aceptemos, respetemos y realicemos en la práctica, en la medida en que depende de nosotros, este orden establecido por Dios, y que, por lo tanto, empleemos toda nuestra vida y realicemos todas nuestras acciones para la gloria de Dios como fin último, y para glorificar a María como fin secundario y medio perfecto para contribuir al supremo honor de Dios.

El deber del esclavo del amor

En tercer lugar, esta vida para María, como bien observa nuestro Padre, se impone como un deber a quienes se han entregado totalmente a ella a través de la santa esclavitud del amor. El esclavo, incluso el que ha elegido voluntariamente esta condición, pertenece a su amo con todo lo que tiene y todo lo que es. Todos los frutos de esta vida y de su actividad pertenecen por derecho al propietario del que es propiedad. Sus acciones deben estar dirigidas al beneficio de su amo y tender a su provecho. De esta manera nos hemos consagrado totalmente, como esclavos de amor, a nuestra amada Madre. Solo observamos que nuestra pertenencia a María es mucho más completa y radical que la de un esclavo ordinario a su amo o ama. Nos hemos entregado a ella con todo lo que somos y todo lo que poseemos, nuestro

¹ Corintios 3:22-23.

cuerpo y nuestra alma, nuestros bienes naturales y espirituales, en el tiempo y por toda la eternidad. Sería inútil buscar humanamente un ejemplo de tal pertenencia, ya que el esclavo pertenecía a su amo solo en lo que respecta al cuerpo, según la naturaleza y, como máximo, hasta la muerte. Por lo tanto, si pertenecemos a la Santísima Virgen de una manera tan profunda, universal y duradera, es justo que todas nuestras acciones, todas las manifestaciones de nuestra actividad espiritual y corporal, natural y sobrenatural, se dirijan a ella, se realicen y se ofrezcan

para su honor y gloria, para su provecho y beneficio. Por eso es bastante natural que San Luis María de Montfort haya registrado en su Acto de Consagración esta práctica y esta conclusión: *«Proclamo que, a partir de ahora, como vuestro verdadero esclavo, buscaré vuestro honor y os obedeceré en todo»*. El producto de un campo pertenece a su propietario, y los frutos del árbol pertenecen por derecho a su dueño.

Así, nuestro Padre de Montfort saca legítimamente la conclusión de nuestra santa esclavitud a la Madre de Dios. San Pablo ya lo había dicho mucho antes que él, refiriéndose a su propia esclavitud a Cristo. Razona así: *«¿Busco el favor de los hombres o el de Dios? ¿O busco complacer a los hombres? Si todavía tratara de complacer a los hombres, ya no sería siervo de Cristo»*²⁶. Si realizamos nuestras acciones para los hombres o para nosotros mismos; en otras palabras, si en nuestras acciones buscamos a nosotros mismos o a otras criaturas, no seremos dignos esclavos de Jesús y de María. Nuestros actos solo deben perseguir su honor y su beneficio. Esto significa haber comprendido lo que es la esclavitud del amor.

Para nosotros será una excelente práctica examinar a menudo nuestra conciencia, como san Pablo, y preguntarnos, mientras actuamos, si estamos tratando de complacer a Dios y a su dulce Madre, o a los hombres y a nosotros mismos; y, si es necesario, corregir y modificar valientemente nuestras intenciones.

IV

La práctica

Tras algunas consideraciones generales, entre ellas la importancia de la finalidad en nuestra vida espiritual, hemos hablado hasta ahora de las razones que deben hacer que la vida «por María» nos resulte aceptable, deseable y casi obligatoria. Llegamos ahora a la exposición de la práctica en sí misma. Nos gustaría desarrollar un poco los consejos de San Luis María de Montfort sobre este tema.

Hay dos maneras de vivir y actuar por la Santísima Virgen: en primer lugar, hacer todo simplemente por amor a Ella, para su beneficio y su gloria; y luego, orientar toda la vida a la glorificación de la Virgen en beneficio de las almas, a su reino en el mundo, y por lo tanto actuar más bien con espíritu apostólico. Por el momento nos ocuparemos de la vida de María en la primera manera.

Lo que debemos evitar

El primer consejo de nuestro Padre de Montfort es negativo. Pero no por ello menos importante. *«Esta alma debe renunciar, en todo lo que hace, a su amor propio, que casi siempre, de manera imperceptible, se toma como fin»* (30).

Tenemos, pues, en primer lugar, esta severa —¡pero lamentablemente acertada!— observación de un gran conocedor del alma: si no estamos atentos y no reaccionamos constantemente, casi siempre nos tomamos a nosotros mismos, de manera desordenada, como fin de nuestras acciones. Lamentablemente, muchas personas no se dan cuenta de ello. Incluso muchas «personas piadosas» viven en la ilusión al respecto. Pero un examen de conciencia serio y habitual, especialmente sobre el motivo secreto y último de nuestras acciones, nos llevará a la triste constatación de que la sensualidad, el amor por nuestras comodidades, la vanidad, el

²⁶ Gal. 1 10.

orgullo, el deseo de placer, etc., es lo que muy a menudo nos hace actuar: como un gusano oculto, roe nuestras mejores acciones y las arruina por completo o casi. Por lo tanto, debemos estar convencidos desde el principio de que aquí es necesaria una vigilancia extrema, si no queremos arruinar gran parte de nuestras acciones y de nuestra vida.

Este consejo incluye también, naturalmente, que debemos saber renunciar al deseo de complacer a las demás criaturas. De hecho, cuando tomamos a cualquier criatura como fin de nuestras acciones, solo estamos tratando de satisfacernos a nosotros mismos, porque en estas criaturas buscamos, en última instancia, nuestra satisfacción sensible o espiritual.

Después de convencernos del gran peligro en el que nos encontramos al realizar nuestras acciones casi imperceptiblemente por amor propio, por búsqueda de nosotros mismos, debemos esforzarnos por liberarnos de estas miserables preocupaciones. No hagamos ninguna acción solo o principalmente para satisfacer nuestros sentidos, por ejemplo, al comer o beber. Nunca renunciemos a ninguna acción por la sola razón de que perturba y crucifica nuestros sentidos, como, por ejemplo, visitar a los pobres y a los enfermos. No hablemos ni actuemos para ser vistos y alabados por los hombres, para recibir su aprobación y su elogio. No trabajemos para ganar dinero, al menos no sin relacionar este fin innoble con un fin superior, como, por ejemplo, el mantenimiento de nuestra familia según los planes de Dios. En la oración no busquemos nuestra satisfacción, ni siquiera por medio de consolaciones espirituales. No nos aventuramos en el laberinto de los mil caminos por los que nuestro amor propio quiere llevarnos. Tampoco es pedir demasiado, desde el punto de vista cristiano en general, que antes de cada acción importante renunciemos a toda intención menos noble, a la búsqueda imprudente de nosotros mismos, en cualquier forma que se presente. Este consejo de San Luis María de Montfort es, por tanto, de gran importancia.

Es lo que en espiritualidad se denomina «pureza de intención». Exige que, incluso cuando nuestra intención predominante es buena y recta, no nos dejemos influir por toda una serie de intenciones secundarias poco loables. Podemos recibir la Sagrada Comunión principalmente por amor a Jesús, para complacer a la Santísima Virgen y para alimentar espiritualmente nuestra alma, pero al mismo tiempo también un poco para ser vistos y estimados por los hombres, o por una persona en particular. Podemos sentarnos a la mesa con la intención principal de glorificar a Dios, pero también un poco para satisfacer nuestra gula. Nuestra divina Madre deberá despertar aquí nuestra atención y ayudarnos a renunciar a cualquier fin poco noble que podamos perseguir en nuestras acciones, aunque sea de forma secundaria, para llevarnos poco a poco a una pureza de intenciones total y perfecta en todas nuestras acciones.

¿Qué debemos hacer?

Esta práctica, considerada en su aspecto positivo y más elevado, es muy sencilla y, al mismo tiempo, muy hermosa y atractiva. El Padre nuestro no podría habérsela propuesto de forma más clara y sencilla: «[Esta alma debe]... repetir a menudo desde lo más profundo de su corazón: ¡Amado Soberano, por tu amor voy aquí o allá, hago esto o aquello, sufro este dolor o este insulto!».

La campana, o tu despertador, o un fuerte golpe en la puerta de tu habitación, te arrancan de un sueño profundo: «¡Madre mía, por ti, por Jesús y por ti ofrezco este primer sacrificio!». Ponte de pie.

Por ti, Madre divina, espero el sacrificio de Jesús, que asocio contigo y por ti, y en el que, unido a Jesús y a ti, puedo ser víctima espiritual, ofrecida e inmolada para la mayor gloria de Dios».

«Por ti me siento a la mesa, comienzo mis tareas, realizo mi jornada laboral, ofrezco cada hora y cada minuto de este día. Renovaré esta intención de vez en cuando, sobre todo cuando tenga que cambiar de profesión.

«También por ti, buena Madre, me dedico a esta hora de descanso, a esta pequeña obra de recreación, a esta lectura atractiva, a estos momentos de agradable conversación».

Y cuando tengas que soportar derrotas, sufrir aburrimiento o fatiga, aguantar a personas difíciles, aceptar humillaciones, reconocer un fracaso, preséntalo todo a María, deposítalo en el incensario de oro de su Corazón Inmaculado, para que todo ello pueda subir al Señor como sacrificio perfumado y agradable.

Así, cada uno de tus gestos, incluso el más mínimo y humilde, y cada instante de tu vida, será como un canto de amor y alabanza que, capturado y reforzado por el precioso altavoz del Corazón de tu Madre, subirá como una melodía adorable al trono de Dios.

Así debemos vivir, así debemos esforzarnos por vivir incesantemente, al menos habitualmente, y renovar a menudo esta preciosa intención. Hagámoslo especialmente, como ya hemos dicho, cuando se nos ofrece la cruz, cuando nos enfrentamos a una dificultad, cuando nos asalta la tentación, tal vez dura y tenaz, cuando se nos pide un sacrificio y debemos practicar la renuncia exigida por Jesús y tan difícil para nosotros. Todo ello se verá endulzado, facilitado y transfigurado por esta práctica.

Nuestro Padre de Montfort no fue ciertamente el único en aconsejar y practicar esto. Cuando el joven Gabriel de la Dolorosa tuvo que vencerse a sí mismo, y le resultó difícil hacerlo, se dijo: «¿Cómo? ¿Dices que amas a la Virgen y no puedes hacer este sacrificio por amor a ella?». Y así obtuvo siempre la victoria deseada.

En la vida del santo Cura de Ars, que también era esclavo de la Santísima Virgen, se narra un pequeño episodio típico del mismo género. Tenía quince o dieciséis años y todavía trabajaba en la granja de su padre. Tenía que limpiar el viñedo para quitar las malas hierbas. Al parecer, era un trabajo duro. Para animarse a hacerlo, Juan María colocó una estatuilla de la Santísima Virgen a unos veinte metros delante de él. Para llegar antes a la imagen de la Madre, a la que tanto amaba, se esforzó con doble ardor.

De una forma u otra, hacemos lo que hicieron los santos. Utilicemos también nosotros estos piadosos artificios, recurramos a nuestro amor filial por María para vencer nuestra debilidad. La experiencia demuestra que esta práctica contiene una gran cantidad de energía para hacer el bien.

El minuto de María

Intentaremos vivir en la práctica lo que acabamos de escribir y dejaremos que María actúe realmente en nosotros si practicamos lo que se llama «**el minuto de María**»¹.

Consiste en lo siguiente: antes de nuestras acciones principales, como la meditación, la Santa Misa, la Comunión, los ejercicios de piedad, el trabajo, el entretenimiento, etc., nos recogeremos profundamente durante unos instantes para realizar pacífica e intensamente los cuatro actos siguientes:

1° **Humillarnos** profundamente ante Dios y la Santísima Virgen por nuestras faltas, por nuestra indignidad y por nuestra incapacidad para realizar cualquier bien.

2° **Renunciar**, antes de iniciar esta acción, a todo lo que provenga puramente de nosotros, y por lo tanto a nuestros objetivos y a nuestra voluntad.

3° **Entregarnos** totalmente a la Virgen María como cosa y propiedad suya; como instrumento dócil del cual Ella pueda servirse según mejor le plazca y según su voluntad.

4° **Pedirle** humildemente que se digne actuar en nosotros, para que nuestras acciones no tiendan a otra cosa que la gloria de Dios solo.

Esta es, sin lugar a dudas, una fórmula completa de profunda vida espiritual y mariana, que puede conducirnos muy rápidamente a la dependencia interior y habitual hacia Jesús y María.